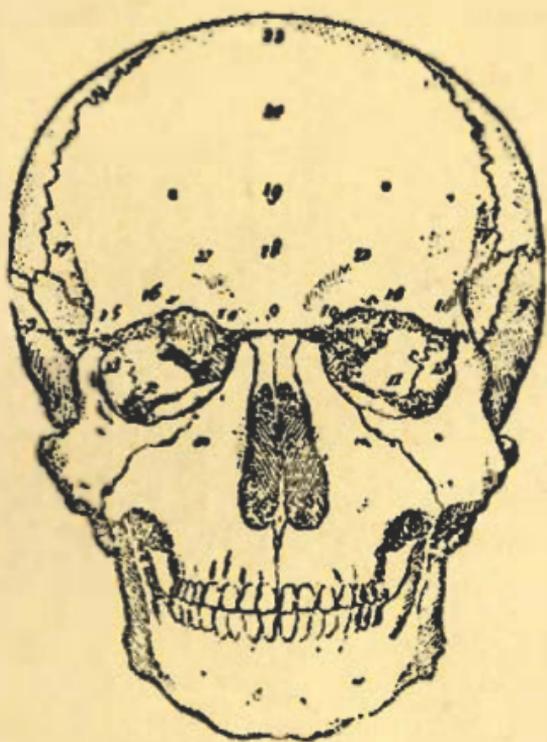


TEÓFILO CID

*EL TIEMPO
DE LA
SOSPECHA*



CRUZ DEL SUR

EL TIEMPO DE LA SOSPECHA

TEÓFILO CID

***EL TIEMPO
DE LA
SOSPECHA***



CRUZ DEL SUR

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Visitación de Imp. y Bibl.

24 JUN 1952

Depósito legal

**COPYRIGHT BY EDITORIAL CRUZ DEL SUR
CASILLA, 373 - SANTIAGO DE CHILE**

PPRIMERO, comenzó el cerebro, hasta ese momento vacío, al parecer, de toda fluencia filológica, a poblarse de vagas palabras, de cuyas particularidades intelectuales no estaba muy seguro, ni suficientemente enterado; pero que abrían, eso sí, un margen extenso a su precaria actividad en el pequeño mundo de su personalidad naciente. Poco a poco, las palabras lo fueron inundando con su poderoso caudal y, de tal manera, lo hicieron, que llegó un instante en que sólo vivió de ellas y para ellas. El mundo semejaba descansar sobre un amplio diccionario, en cuyos límites las palabras eran reinas propietarias de dinámico poder. Poseían atributos esenciales cuando, por ejemplo, despertaban a las cosas dormidas, designándolas, apoderándose de ellas.

En un principio, fué la palabra madre. Desde su seno nacían las

otras, tumultuosas, abriéndose anchamente sobre el piélago desconocido. Así vivió y creció; uncido al poder seductor emanado de su progresivo descubrimiento en el vocabulario de la naturaleza, a medias sumido aún en la penumbra.

Sin darse cuenta, llegó a cumplir la edad de los primeros amores, edad terrible y desolada, llena de melancolía y sobresalto. Pero guárdese el lector de posibles recelos. Estos primeros amores de nuestro protagonista, aunque interesantes desde un punto de vista absolutamente romántico, tendrán breve transcurso en la enana dimensión de este verídico relato. Hay algo que nos interesa más destacar y es el choque individual que el cuitado joven debió sufrir con una palabra que para él significó muy poco en el comienzo. Esta palabra, no incluida aún en su modesto registro lingüístico, fué la palabra crisis.

La oyó, por primera vez en su existencia, de labios de su padre. Este

abrió el diario y comentó con aire consternado:

—¡Crisis! ¡Estamos en crisis!

¿Por qué su padre podía leer el diario en la mesa, sin que mamá dijese nada? A él, en cambio, le prohibían hacerlo. La semana pasada, leyendo "El artista adolescente"... Pero ¿qué era aquello? ¿Crisis?

—La crisis... es la crisis —contestó el padre, satisfecho de su enfática explicación.

Interesado se lanzó sobre el diario para indagar el sentido de la misteriosa palabra. Poco pudo aprender, es cierto; pero, en reemplazo, pudo imponerse, con turbia curiosidad, de que en el mundo estaban acaeciendo extraños sucesos. La banca nueva-yorkina se había estremecido como un pulpo en su légamo propio, agitando los tentáculos, herida de muerte, al parecer. Y este horrible acontecimiento salpicaba con su barro la vida privada de más de algún millonario de ayer, convertido, súbito, en miserable. Como aun no había leído a Balzac, aquello le pareció des-

provisto de interés y prefirió leer el noticiario de los cines, de los cines que recién comenzaban a hablar.

Sin embargo, la palabra incorporada a su repertorio en esa sobremesa, le sirvió de guía, por la tarde, cuando se fué al colegio. Era una frase bastante rara la que leyó en el diario: "Crisis de producción". No sé por qué la equivocó, de primeras, con el nombre griego de la esclava que despertó la ira de Aquiles en la víspera troyana. ¿Se llamaría Crisis?... No. Se llamaba Briselda. ¿Qué importaba, no obstante? Un clérigo español había hablado recientemente, en un teatro, de la proyección que daba al olvido, y a la confusión originada por éste, cierto psicólogo vienés.

El diario anunciaba, entre otras cosas, una endémica miseria para el mundo. ¿Sería posible todo esto como consecuencial derivativo de tan inocente palabra? ¿Crisis? En realidad, no costaba mucho dudar del sombrío pronóstico, si se tomaba en cuenta el visible bienestar de la ciu-

dad que él conocía desde muy niño y que conocía muy bien porque fué allí donde aprendió las primeras palabras de su ya vasto elenco filológico. ¿No había comprado papá un automóvil a plazos? Y, sin embargo, papá era apenas un modesto funcionario, aunque a mamá le molestase la palabra modesto. Pero mamá era un poco difícil, sobre todo cuando los nervios la mantenían, como a una trágica Bertini, tendida sobre el "chaise-longue" de su dormitorio.

En todo caso, la crisis, de acuerdo con las noticias de la prensa, tendría fatales consecuencias para el bienestar del mundo y un trastorno abisal en las relaciones económicas. "La crisis es la crisis", había dicho su padre, moviendo ejemplarmente la cabeza. Poco o nada pudo obtener, esa tarde, de su profesor de Economía. Era increíblemente vago para hablar, como si temiese herir con sus palabras la presencia de alguien invisible. En realidad, y esto había que decirlo con prudente reserva, la presencia invisible acompañaba a los

habitantes del país por todas partes. Cuando se decía, por ejemplo, que el Gobierno era así, o no era así. El profesor, esa tarde, estaba cohibido por innoble y sospechoso ataque de ignorancia, al hablar de la crisis económica.

—La sobreproducción, —decía desde lo alto del pupitre,— es un fenómeno que se repite regularmente ... No hay que sorprenderse...

Pero no dijo por qué los diarios se mostraban tan pesimistas con respecto del porvenir del mundo. Ni los sacerdotes del culto católico, al que había asistido hasta el año anterior con mesurada piedad religiosa, negaban una posible salvación. Pero los curas (ahora los llamaba así, después de leer a Voltaire y Volney), estaban dispuestos siempre a sobreseer la crisis de conciencia, con adecuada lenidad para juzgar el pecado y sus difusas ramificaciones. Crisis de conciencia. Esa frase si que la conocía desde el día en que un obscuro presentimiento lo hizo alejarse de la bendición ritual, hondamente

deseada antes de leer aquellos libros de Voltaire y Volney. Entonces se operó en su espíritu una crisis de conciencia que lo hizo dudar de todo, hasta de sí mismo.

—...que sobreviene cuando se produce más de lo que el mercado necesita...

La voz del profesor producía invencible sueño en aquella interminable hora de cuatro y media a cinco y media. Por la ventana entreabierta se colaba el frío invernal. ¡Cuánto mejor sería estar en casa, leyendo a Joice! Pero la sociedad, y particularmente su padre, querían que las cosas fuesen así como eran; que él estuviese sentado en esa fría sala de clases, aparentando, con bastante demarcada hipocresía, gran interés por esas cosas tan horribles que acaecían en el mundo. ¿No tenía, también, que soportar el duro gravamen de sus propias células sexuales? Freud había dicho, según el ridículo sacerdote conferenciante, que... ¿Pero a qué recordar a Freud, ahora, justo el día en que, por último, vería el fin de sus

anhelos consagrado en una cita, en una verdadera cita de amor?

Detrás de los vidrios se veía, a través de empañadas lágrimas, el cerro, inmerso en atónito silenicio. El día estaba gris como su propia imagen, destacada en la fila de los alumnos retrasados. Esto último, era una mala jugada que le hiciera el destino. El no era un mal alumno hasta que al Ministro (¿qué era un Ministro?) le ocurrió la mala idea de reformar los servicios de su dependencia. Había sido una suerte muy mala, también, que esos servicios fuesen precisamente los servicios educacionales. Un Ministro, según les enseñara el profesor de Educación Cívica, era un mero secretario de Estado, o sea un simple amanuense del Presidente de la República, señera personalidad de carácter sagrado que sobresalía encima de todos. Pero aquel Ministro era un hombre de ilustrada prosapia, que quiso dejar una huella perdurable en sus servicios, a cuyo efecto los reformó. El resultado fué tan desastroso que ya nadie quería acor-

darse de aquello y hubo que deshacer de una plumada administrativa la optimista labor de más de un año de enajenación pedagógica. Los alumnos andaban desorientados, cariacontecidos y en vías del fracaso, sin saber cómo atar los cabos que rompió la torpe reforma.

El término de la clase no impuso, a pesar de todo, quietud a su pensamiento. ¿Quién dijo que era aquella edad de las primeras ilusiones? Mientras caminaba, se fué acortando el recorrido mediante un secreto placer, recién inventado, y que, mucho más tarde lo vendría a saber, constituía un nódulo específico para toda su generación. Examinaba los automóviles y, de acuerdo, con el ligero análisis estimativo de su aspecto, de su "chassis" como decían los expertos, era preciso identificar su marca, su procedencia (casi todos eran norteamericanos) y su fecha de fabricación. Mientras más rápido se hiciera este recuento, más agradable resultaba el juego. Ahora iba a casa de su profesor de francés en cumpli-

miento de una promesa que le hiciera aquella mañana, antes de almuerzo.

¿Por qué no trabajas como otros años, Santiago? —Le dijo el profesor después de hacerlo sentarse junto al escritorio pedantemente cargado de libros. ¿Los leía, acaso? Hacía un buen tiempo, ya, que el escepticismo lo iba mordiendo a tajadas, como un gusano hambriento. Se sentó, pues, y esperó la reiteración de la pregunta. El profesor era un tipo curioso, última importación: fino; educado; con posibilidades ministeriales; un poco homosexual, a pesar de la rigidez atlética de su traje "dernier cri" (pantalones "Oxford" y todo). Estaba enfadado con Santiago, porque éste, según él, no estudiaba lo suficiente. ¿Pero estaban los tiempos para estudiar? Se apoyó en la palabra crisis para justificar la pereza harmónica que circulaba por su sangre. La palabra crisis se prestaba maravillosamente para esos fines subterráneos, subrepticios. No otra cosa hacía el Gobierno en parecidas

circunstancias, de creerle a Miró, el abogado radical.

Sobre la mesa estaba Joice, abierto en cualquier página, como después de apasionada lectura. Señaló el libro con un dedo:

—¿Sabe usted lo que es una crisis, señor? ¿Una crisis como la del muchacho de este libro?— Habría querido darle mayor énfasis a sus palabras; pero éstas escapaban al control mental, como enloquecidas por repentina fiebre. Los ojos del profesor lo miraban, inquisitivos. ¿Es que el profesor sabía lo que realmente pasaba? —¿Demonio, con sus ojos tan curiosos, tan cargados de sutil psicología! —¿Sabían, acaso, la verdad? Se quedó callado un instante. Los ojos habían llegado a su máxima expresión de asombro:

—¿Pero tú has leído este libro?— Señalaba, él también, el Joice abierto sobre la mesa.

Torció la vista para evitar el contacto hipnótico de esa mirada docente, posada, pertinaz, sobre su rostro. ¿Qué se había creído *monsieur*? Ha-

bía leído a Cocteau, a Gide, a muchos otros. ¿Para qué enumerarlos? El profesor seguía con cierto terror el discurso enumerativo. Nunca creyera que este alumno adocenado, de vulgar catadura, fuese un ávido lector de libros franceses. Y de libros como esos... En verdad, constituye una verdadera sorpresa descubrir, de repente, lo que existe detrás del rostro de un alumno.

Santiago sostenía ahora con valor la mirada pedagógica, pedante y cristalina. Ya no le producía miedo que descubriese su secreto... Porque Santiago, en plena adolescencia, cuando la mayoría se entrega a ensueños superfluos o a placeres solitarios, era dueño de un secreto que ¡oh insondable providencia! al parecer tenía carácter político. Las palabras que el profesor expresó en seguida fueron tan tiernas, tan imbuídas de gentil comprensión, que estuvo a pique de contárselo todo. Pero el temor de complicar a su padre, tan seguro de sí mismo, le congeló el imprudente relato a flor de labios.

—Por otra parte, tu situación en el colegio no es normal. Tú te das cuenta ¿verdad? Debes, por lo tanto, trabajar mucho más que los otros alumnos.

¡Y qué! ¿Es que, con todo, sabía lo que pasaba? ¿Qué una mañana de ese mismo invierno le llegara a casa un misterioso paquete dirigido a su nombre? Aquello le había parecido excesivamente extraño y casi, casi, constituía una aventura. Pues era, sí señores, una aventura digna de mención, para un muchacho como él, recibir un paquete.. de libros revolucionarios. Con su lectura precipitada, comenzó la crisis. En lento desarrollo, en sus orígenes, hasta que culminó, bruscamente, con la noticia del diario, aquella mañana. Bien pudo por eso levantarse, más tarde, cuando el profesor o su padre intentaban vagas definiciones, y decir:

—La crisis de sobreproducción es el resultado fatal de la contradicción de clases.

Pero aquello no tenía sentido. La palabra crisis había operado en su

ánimo una insólita repercusión, al refrescar el añejo conocimiento adquirido en los libros misteriosos. También era ¿por qué negarlo? un hecho conmovedor saber que un millardario norteamericano pueda saltarse los sesos cuando sus acciones se transforman, en virtud de una oscilación en la política sudamericana, en simples trozos de papel sin valor alguno. No dejaba de tener gracia el recibir de golpe la noticia de que el mundo suele a veces moverse de acuerdo con los pronósticos determinados por los libros. ¡Y qué libros, señor! Si mamá los viese, los haría quemar, irremediablemente. Sí, señores, irremediablemente, si hemos de usar una de sus expresiones favoritas. Eran volúmenes de lepra condensada. De esa lepra que desde Moscú parecía caer en fúnebres cascadas sobre el mundo. Y sobre su país también, a pesar de todo...

—La posición de tu padre, *mon fils*, es relevante...

¿Por qué decía eso *monsieur*? Había alargado el cuello como un eisne

de estampa y expelido, simultáneamente con la mirada, un copioso alud de humo, tabaco Virginia. Demostraba un lírico interés por la felicidad del muchacho. Pero Santiago sabía que él, con todos sus atributos pedagógicos, era sólo un ganapán a sueldo del Gobierno y, en particular, de ese Ministro que le causara tantas desazones, un tiempo antes, con sus descomunales reformas. Ahora el profesor hablaba de papá con alusiones misteriosas envueltas en el ropaje de una voz afranelada de predicador dominical:

—...una posición dentro del núcleo social expectante. Tu padre, *mon fils...*

Papá era modesto sub-jefe en una oficina pública. Es decir, debía marcar el reloj control como los demás empleados. A lo sumo, según la prerrogativa usual en su grado jerárquico, podía sentarse a la mesa del jefe y acompañarlo, de vez en cuando, al burdel de la Estrellita, famoso antro de la ciudad, lugar geométrico de la orgía funcionaria de fin de mes.

Pero su padre trataba de tú al jefe, un auténtico santiaguino, hermano menor de un célebre diputado "termal" (a Santiago este título le evocaba un antecedente cesáreo) y era el predilecto de las niñas de la ciudad por su soltería de cuarentón maduro y por sus rentas opíparas. Tampoco marcaba papá la tarjeta cronométrica y era visible, por demás, lo mucho que el jefe le temía. Es cierto que papá era un perfecto hombre de orden, si había que dar crédito a sus asertos de sobremesa. Un hombre de orden, partidario de las leyes constituidas. Pero ¿por qué *monsieur* daba un acento misterioso a su voz cuando se refería a papá? Inclinado estuvo a preguntárselo; pero no se atrevió. Temía, sin saber la causa exacta, incidir en algo que, a la postre, podría tornarse en su contra.

—No, *mon fils*, tú tienes que estudiar más que los demás, si quieres llegar este otro año a la Universidad.

Ei profesor se había hundido, a seguidas, en un galimatías intraducible

para su escasa experiencia. No ajustaban las consideraciones políticas hizo con los desnudos cartabones conseguidos en sus últimas lecturas. El profesor, eso se advertía a la distancia, hablaba de papá con un temor no disimulado, como si también él... No podía desechar el recuerdo de un incidente curioso que le había ocurrido con un compañero ese mismo monótono invierno. ¡Era tan tonto aquello! Sin embargo, le hirió en lo más profundo del alma escuchar de boca de un muchachuelo inexperto del curso esa invectiva deleznable:

—Cállate —le había dicho a raíz de una reyerta en los patios— ¡Hijo de soplón!

Fué inútil que usase de todas sus fuerzas de basquetbolista para castigar al insolente. La palabra había quedado suspendida en el aire y de allí no había fuerza física, al parecer, que pudiera sacarla. Se habría requerido, para eso, un aliciente moral que a él le faltaba.

—¿Usted cree, señor, que mi padre?

El profesor hizo un mohín coqueto. Su rostro cambió singularmente de expresión llegando a denotar un vago dramatismo. Más que profesor —ese era consensus general— parecía un actor de la vieja comedia:

—No, yo no creo nada. Pero en todo caso, te aconsejo prudencia. ¡Estamos viviendo tiempos muy malos, *mon ami!*

¿Tiempos malos aquellos? La familia Llorente tenía un Packard; la familia González Villouta, un Studebaker; la familia Lira, es decir las hermanas del Jefe de su padre, un Cadillac... Además se estaba construyendo un camino de cemento, de auténtico cemento, hacia el puerto vecino y una población obrera, no para obreros claro está, con el nombre de la flamante esposa del Presidente de la República. Por otra parte, en el Hotel Ritz, recién abierto al público, las damas de la ciudad podían lucir costosas prendas encargadas a París. Era inútil, pues, que toda aquella vana fantasía la quisieran aventar con terroríficas amenazas y que los

libros que tenía escondidos en casa profetizaran, a pesar de tanta belleza, un Manei Tecel Phares para todo aquello. El mundo de la apariencia sensible, es decir el brillo de las carrocerías, de las "toilettes", de las "flappers" a la moda norteamericana recientemente incorporadas a la fauna femenina, de los aperitivos inmoderados y el relumbrón de los editoriales periodísticos, todo eso, que constituye la superficie móvil y siempre cambiante de la realidad, parecía dar un mentís enérgico a las sombrías declaraciones de los libros. Pero he ahí que *monsieur* Carrasco, indolente como era, trascendía el mismo pesimismo que espumara anteriormente en sus lecturas.

—Veo, Santiago, que eres un muchacho inteligente, que entiendes las cosas a primera vista. No tengo, en consecuencia, para qué entrar en explicaciones. Comprendo la razón de tu amargura. Pero debes reaccionar... Si te abandonas, estás perdido ¿comprendes?

Entonces, aquello era cierto. No

cabía ya admitir dudas al respecto. Papá era, pues, un agente al servicio de ese Gobierno que él sabía odiado y odiado por la persona que más amaba... ¿Era posible que, en su existencia mínima de colegial, el mundo sórdido de la política, con el revestimiento de las palabras que el mismo profesor de Educación Cívica consideraba falsas, estuviese interfiriendo, arrojando agudos pináculos de sombra? Ese primer contacto con una realidad de índole tan abstracta y despiadada —más tarde lo vendría a comprender con mayor claridad— lo dejó helado. Tan helado, que no supo, en medio de su turbación, encontrar una fórmula social correcta para despedirse de M. Carrasco. Salió como un villano de melodrama, raspando las murallas.

Habría necesitado hablar con mamá; pero mamá no estaba en casa. Es cierto que mamá, a esas horas comprometentes del crepúsculo, se hallaba siempre fuera. Evitó como pudo la presencia de sus hermanos

menores y se arrojó sobre el lecho. Tenía síntomas de fiebre.

Había comenzado a sumergirse en un pesado sueño, cuando surgió en su memoria el recuerdo de algo que los acontecimientos del día estuvieron a punto de disipar. Era necesario levantarse e ir donde ella —no olvidemos su primera cita de amor verdadera— lo esperaba. Y era cita de amor —no como antes cuando se veían a todas horas— porque ahora era preciso eludir la consigna de prohibición que pesaba sobre la chica para verse con él. ¿No había sido extraña la determinación de la madre de Alicia? Un abogado radical de provincia había desaparecido, tragado por el abismo de la política, y en su reemplazo había quedado una madre colérica, que irradiaba los rayos de su ira sobre los seres más inocentes, al parecer. Sobre él, por ejemplo, amigo de la infancia de la chica, la pequeña Alicia Miró, tan modosita y educada. Pero la madre, sin tener en consideración estos sentimentales antecedentes, le había dado con las

puertas en las narices. A su marido lo había detenido y flagelado la policía. ¡Todo porque había dicho que los militares no han nacido para gobernar! Parecía el desgarrón folletinesco de una imaginación descabellada. Pero así era, y así lo venía comprendiendo, recién, después de su anfibológica charla con el profesor. ¿Cómo no lo había pensado antes? ¿En qué virtual atmósfera de inocencia había vivido inmerso?

Las diferentes partes del gran rompecabezas comenzaban lentamente, con gran asombro suyo, y sin que dicha moción requiriese participación de su harto enmohecida voluntad, comenzaban, repito, en forma misteriosa, a producir el incógnito diseño. Si. Ya no podía dudar que, también él, como Stephen Dedalus, el héroe favorito del libro que tanto amaba, nacía a una nueva vida. Una vida nueva y triste, a la vez. El mundo escondía feroces conflictos humanos, choques violentos de pasiones bastardas, aunque la apariencia se encargara de mostrar un rostro ino-

cente y todo pareciese continuar el ritmo habitual. El sabía que en la noche, a la hora de la cena, tendría nuevamente a su padre junto a él, preguntándole con ojos cariciosos acerca de su jornada en el colegio. ¿Le contaría lo de M. Carrasco? Resultaba difícil comprometerse a nada, sabiendo como sabía que su padre era el posible causante de la desdicha de su amiguita.

—No me gusta nada este Miró — había dicho papá.— Es un politiquero exaltado. Y el General no quiere nada con los politiqueros...

Eso era cierto. El General ni siquiera se tomaba la molestia de inaugurar el período parlamentario personalmente. Un edecán lo hacía en su nombre, y leía un escueto mensaje. Eso lo había escuchado en casa de los Miró, cuando iba por las tardes a ayudar a la pequeña Alicia en sus enfadosos ejercicios de álgebra. El padre de la muchacha había tenido cierta figuración el año 1920, diez años antes de todo aquello, y no era hombre que acostumbrara a

callar sus opiniones. Pero entonces (¡cuán lejano le parecían esos sucesos, en circunstancias que sólo transcurrieran sólo dos o tres meses!) a Santiago le interesaba escasamente la política. ¿Para qué interesarse por algo que no tenía ninguna expresión concreta? La Constitución, que estudiara el año anterior, aseguraba cosas que nunca se cumplían. Era obvio, pues, que aquello no servía de nada, como no fuese para enturbiar la mente de los colegiales. Le importaba poco que el viejo (él lo veía viejo entonces) Miró añorase las excelencias del antiguo régimen, comparándolo con las miserias del presente. ¿Pero dónde estaban esas miserias? Recién ahora venía a comprender la enormidad de su ignorancia.

De un salto atravesó el parterre, bajo los árboles húmedos que rodeaban la casa del abogado. Sentada en las gradas de piedra de la puerta, apretadas las rodillas junto al rostro, igual que un pajarillo, estaba Alicia.

—A papá lo desterraron a Más

Afuera. Con Eugenio González y otros políticos del norte...

Santiago se sentó a su lado. Habría deseado besarla en el pelo translúcido; pero le era imposible vencer la timidez que desde algún tiempo a esa parte inhibía su voluntad cuando se hallaba a su lado. Fué ella la que rompió el amenazante hielo que los bloqueaba, tomándolo, ansiosa, del brazo, como tratando de meterle a la fuerza la pregunta por la piel:

—Dime si es posible vivir así. Mamá quiso hablar hoy con el Intendente; pero éste dice que no sabe nada, que no está informado. ¡Es horrible!

Santiago no podía desembarazarse aún de su timidez. Sentía que la cita de amor —de amor, porque tenía visos de clandestinidad,— iba resultando imprevistamente desagradable. Pero la chica, enorgullecida tal vez de su desgracia, no daba tregua ni misericordia. El muchacho se sentía a medias culpable del asunto.

—Lo peor es la incertidumbre. Sólo ayer llegó una carta de un cono-

cido que tiene mamá en Investigaciones. El lo vió y dice que lo han desterrado a Más Afuera... Pero ¿será cierto? Por eso me decidí a llamarte. Mamá no quiere que nos veamos. Pero yo pensé que tú... por medio de tu papá... podrías averiguar algo...

Santiago se estremeció. Ella también tenía la misma opinión que el resto del mundo. El día, que comenzara insólitamente con deslumbrante claridad, día de invierno al fin de cuentas, se hizo plomizo y grávido, de pronto. Parigual ocurrió en su alma. En ella también comenzaban a caer gruesos goterones de una lluvia sin precedentes, cuyo acérrimo contacto no podía evitar. Se levantó desazonado. ¿Qué podía hacer? ¿Hablarle a su padre?

—“La crisis es la crisis” —diría éste con el mismo tono de voz que usara en el almuerzo.— Y tú, mi amigo, no tienes por qué mezclarte en política. Eres muy niño todavía.

En verdad, era muy niño todavía. Echó a andar, en forma automática.

Esperó que Alicia lo retendría; pero ella conservaba los ojos cubiertos por las manos y parecía llorar. Ni siquiera advirtió su ausencia.

Era un vasto día de Primavera, alegre como suelen serlo en esa estación los días sureños. Desde el cielo descendía el aire límpido, sano, vigoroso, en cuyos celajes invisibles curvaban sus alas pintorescas los insectos varios. Un paisaje italiano, en suma, al estilo de los que despuntan en las miniaturas que sirven de fondo a las figuras angélicas de los primitivos. El rojo encendido de las habitaciones, en el hondor esvaneciente producido por la altura de los cerros vecinos, destacábase pulcro. Era hermoso permanecer bajo el cielo descubierta y sentir la embriagante melodía de los árboles.

Recostado en la muelle cuna de las pinojas, Santiago sentía enhechizado el pensamiento por la hartura primaveral, en forma tan lúbrica, desgranada. A sus pies, el faldeo de la colina le permitía un romántico

espionaje. Alicia estaba en el Mirador de Piedra, al lado de su madre. Ambas vestían de negro y sus cabellos rubios, acentuados por el contraste de la ropa, le prestaban áurea cimera.

Las cosas habían marchado desgraciadamente mal para Santiago. La crisis, despertada como un eco, al enterarse de la amenaza predicha por los diarios —constatación externa de una quiebra interna— habíase convertido en estado permanente. Se había hecho viejo en menos de dos meses y la llegada de la Primavera, con sus vacaciones de Fiestas Patrias y sus pájaros ad-hoc, le era por eso extraña e indiferente. En el ínterin, había sucedido algo terrible. Había sido expulsado del colegio. Acusación: ideas anarquistas y disolventes. No tuvo defensa, a pesar de las fútiles maniobras de M. Carrasco, profesor jefe del curso. Aunque los mismos acusadores sabían que expulsarlo del colegio era una brutalidad digna de bárbaros, no tuvo defensa. Su padre tampoco había hecho nada

por hallar un atenuante al asunto. Su actitud fué equívoca y contribuyó, en cierto modo, a desatar las furias cósmicas de la rectoría. Y Santiago, escéptico como estaba, no encontró, a su vez, las energías necesarias para hacerlo personalmente.

En su desesperación, acudió a mamá. Pero ésta no supo entender o no quiso entender lo que curiosamente pasaba por el ánimo de su hijo. Lo único que sabía era bastante ya para repudiarlo. No. Ella le tenía horror a la gente subversiva. ¿Libertad? ¿Para qué? ¿El mundo marchaba tan bien así como iba! El General que gobernaba el país lo hacía con mano fuerte; pero eso era justamente lo que el país necesitaba después de pasar, según decía, por manos de masones y radicales. Mamá compartía sus actividades piadosas con las menos piadosas del póker doméstico. Era una jugadora formidable. Inútil fué, pues, en consecuencia, el impetrar su ayuda en esta crisis.

Millones de galaxias circundan el infinito; de entre ellas, el sistema

solar es quizá la más pequeña; y, de ese sistema, la tierra es uno de los cuerpos más reducidos. En el planeta terrestre ¿qué lugar ocupa el estrecho territorio de Chile y en este país que es lo que representa una engreída ciudad universitaria del sur? Sin embargo, las furias sempiternas parecían haberse descargado de modo exclusivo sobre la cabeza de un sólo adolescente de dicha ciudad, cuando Santiago fué requerido una mañana del último mes de Invierno por la deidad administrativa del colegio a rendir cuentas de su conducta. ¿Qué ocurría? Ya lo hemos dicho: se le acusaba, lisa y llanamente, de anarquista. ¡Y todo porque prestara a un indiscreto condiscípulo uno de los libros recibidos incógnitamente a comienzos del período escolar! Fué inútil que argumentara que ese libro se encontraba, aunque en su lengua original, en la biblioteca del colegio. Lo había descubierto después de breve incursión por las estanterías, horror de toda mácula y como recién salido de la imprenta. Con todo, quedó

decepcionado. ¡Luego esos libros existieron antes y había alguien más en Chile que los conocía!

La máquina administrativa del colegio marchó inexorable. Los profesores hablaron con su padre y éste no supo proceder con cautela al replicarles en forma descompuesta. Sencillamente aplicaron la medida disciplinaria, con mudo fatalismo, sin temer las burdas amenazas proferidas por papá. ¿Es que su poder estaba en decadencia? Fugaz pasó esta idea por la imaginación del muchacho; pero bastó para asegurar su endeble posición cuando tuvo que defenderse de los cargos que papá, más tarde, le hiciera.

—¿De dónde sacaste esos libros?

—No me preguntes nada.

El padre había avanzado con aire amenazador. Santiago se irguió, aventajándolo en varios centímetros de estatura. Se veía un tanto frágil y cristalino, a causa del brusco crecimiento. Tal vez el destello de rubor que soflamó su semblante inquietó a su padre y lo hizo detenerse.

—¿Estás acostumbrado a flagelar, no es cierto?

El hombre lo miró sorprendido al principio; pero cuando comprendió la malévola intención que envolvían esas palabras, la sorpresa cambióse en desesperación. Por mucho rato, el muchacho, convertido en acusador, no entendió las voces que barruntaba en bárbaro dialecto.

—Tú dices que flagelo o que he hecho flagelar, porque sirvo lealmente al Gobierno que me paga y con cuyo sueldo los mantengo a todos ustedes, atados de mugre. ¡Es increíble! Comprendo que la gente estúpida me señale diciendo: ahí va el hombre del puente del Maipo... Pero que tú, un muchacho inteligente, me reproche cómo me gano el pan...

Los papeles, invertidos por la absurda debilidad paterna, sentaban deplorablemente a los personajes participantes de la escena; ambos se sentían avergonzados de representarla. Era la primera vez que Santiago se atrevía a enjuiciarlo y lo hacía, por eso mismo, sin ninguna persuasión;

era la primera vez que su padre, por su parte, se sentía en tan difícil situación.

—Si. Y bien ganado que lo gano. ¿Crees que de otra manera tendría automóvil y tu madre podría codearse con las tipas de la sociedad? Si me pagan un sueldo, más las gratificaciones correspondientes, debo hacer todo lo posible por merecerlo. En cambio, hay otros...

Santiago comenzó a admirar la insensata cólera paterna, viéndolo gesticular de esa manera deplorable que nunca le viera. Su rostro, surcado de arrugas como tierra en barbecho, se había encendido con un peligroso resplandor apoplético. Una piedad irracional comenzó a manar desde su interior.

—Hay otros que sirven a la dictadura, como tú y todos esos mequetrefes de políticos llaman al gobierno; que la sirven solamente por codicia, rapiña o sodomía. Conozco abogados, médicos, pudientes comerciantes, toda gente de pro, que no tienen escrúpulos en soplar lo que

escuchan... ; Así todas las islas, hasta el último peñasco, se llenen de carbones! Pero te juro que llegará un día en que muchos de estos flamantes revolucionarios, mitad literatos, mitad políticos, socialistas y radicales, maximalistas o no maximalistas, proclamarán al General como a un Mesías prometido...

Mientras hablaba, asumió una apostura profética. Santiago a duras penas contuvo una amarga risa que le amagaba desde adentro y con la que pretendía, en forma inconsciente, neutralizar el alud de mala suerte que le venía persiguiendo desde algunos meses a esa parte.

—No fué un plato para paladar muy delicado soportar el frío de la noche bajo un puente sombrío. El río Maipo, ; Dios me condene! es un río macho como hay pocos en invierno. ; Te imaginas que preparar una conspiración a altas horas de la noche, dejar huellas delatoras, inventar motivos de persecución, es cosa fácil? Por algo el gobierno me premió dándome el puesto que ahora tengo.

¿Crees que podría callar lo que dicen junto a mi los idiotas que hablan de más? ¡Yo, el hombre que le dió al gobierno la razón para encarcelar a sus enemigos!

Había un cierto timbre de orgullo en sus palabras, que a Santiago le produjo —según recordaba ahora, recostado sobre las fragantes pinojas,— una reverberación de profundo malestar. Su padre había colaborado —entonces todo estaba claro— en la elaboración de los asuntos más tenebrosos de la dictadura. Aunque todo eso le producía repugnancia, se sirvió en forma inteligente del nuevo conocimiento adquirido. El hecho constituía, por sí mismo, sin que existiese necesidad de confirmarlo en el papel, una especie de odioso pacto contraído entre los dos. Papá lo abandonaría ahora a sus propios impulsos, sin mezclarse en sus pequeños problemas, ni siquiera preguntándole por lo que hacía durante las largas jornadas ociosas, de peligroso ensueño, que se sucedieron después.

Santiago no sabía aun lo que bus-

caba; pero sabía que algo muy grande le hacía falta. Y esa cosa aun sin nombre, sin vocablo que vistiese su ideológica desnudez, no podría suministrársela su padre, ni la madre terriblemente intoxicada de arrivismo social.

A mediados de Septiembre comenzaron a llegar a la ciudad personajes extraños venidos del norte. Entonces vió la crisis, esa extraña palabreja que conociera en forma abstracta hacía algunos meses, en su más concreto dramatismo. Obreros descalzos, cubiertos de harapos, verdaderos espectros de la miseria salitrera, deambulaban por la ciudad. Hablaban una jerga pintoresca, mezcla infusa de palabras criollas y fonética gutural norteamericana. Los pobres no sabían pedir limosna y, en medio de su desesperación, lo hacían empleando palabras extrañas a su vocabulario habitual. Pero también era extraño que, después de incesantes años de faena en la pampa, la mala fortuna los hiciera conocer el miserable ocio de la cesantía en tierras asimismo

extrañas. Santiago los veía deambular, como si viese de pronto la corporeidad, la materialización de ciertas ideas que creyera hasta ese momento sólo ideas platónicas, sin traba alguna que las uniera a la viviente realidad.

¿Quién habría pensado que uno de ellos le daría la lección definitiva? Sin embargo, uno de ellos fué sin duda el que más colaboró en la acertada dirección de su pensamiento, cuando tan doliente choque con el mundo exterior estuvo a punto de impulsarlo a tomar determinaciones horribles. No se puede nunca, en verdad, individualizar la llamada del camino de Damasco con la precisión que proporciona el Evangelio. Es una lástima, porque sería agradable poder hacerlo; pero la vida no posee la simplicidad que el cronista desearía. Por esa razón, implica una acepción abusiva el considerar que el obrero aquel pudiera revestir el papel que el Evangelio, más arriba recordado, asigna al misterioso nuncio que apareció, en cierto camino de

Siria, al incrédulo Saulo. En cierto modo, actuó como un inconsciente móvil de la realidad, de esa realidad que Santiago con tanto esfuerzo y a la vez disgusto iba tragando, según los días pasaban, y su dolorosa separación de Alicia Miró lo iba, de consuno, sumiendo en honda melancolía.

—*I am from Antofagasta... Antofagastino... ¿Do you understand? I am without work, patroncito, please, give me some money, estoy hasta las mismas.* Le había dicho entre risueño y avergonzado el novel suplicante, al acercársele.— *I am hungry.*

—*You speak english?*— preguntárele Santiago, aprovechando el precario inglés del colegio.

—*The gringos theached me at the oficinas... Carajo! Todo lo que sé se lo debo a los gringos... Pero también la miseria... Son of a bitch! You have cigarette?*

Santiago le pasó el cigarrillo. Hacía poco tiempo que comenzara a fumar a escondidas, cumpliendo de esa manera el ritual de la edad, aunque a

sus padres les importara muy poco las costumbres del muchacho. sencillamente, lo dejaban hacer lo que quisiera. ¿No era, acaso, una "rara avis" exilada de la vida normal?

El hombre había comenzado a contarle una historia, desatinada, de su propia experiencia en la pampa. Era una historia cuyo desatino moral parecía extraído de un romántico relato. Pero una historia verdadera, según lo alcanzó a penetrar en el bilingüe vocabulario del extraño personaje.

—Este Gobierno prometió mucho... no cumplió nada. Este Presidente es recontra *very bud*. No sirve de *nothing*. Lo ha vendido todo a los gringos. Y no hay que comer por culpa del maldito y de los grandes mariconazos que lo acompañan. ¡Creen que construyendo piscinas se va a arreglar todo!

—¿Y qué se puede hacer? ¡Ellos tienen la fuerza, los fusiles, la tropa, el dinero!

—*You are foolish*, joven. Pelear, eso se puede hacer. Pelear desde

ahora mismo. Pelear siempre, contra los cabrones, contra los agentes de la policía, del General, contra sus soplones, contra todos los que quieren que en este país haya dictadura. Pelear contra los que engañan y abusan de la confianza del pueblo. ¿Cree usted que la libertad es un regalo del cielo? No, patroncito, la libertad hay que merecerla y para merecerla hay que pelear, pelear siempre...

Somnoliento como se hallaba, Santiago iba perdiendo sucesivamente el sentido, el ritmo de las palabras, hasta que el rumor, repercutido en su memoria, se transformó en una vaga masa rítmica, caótica al principio y demasiado informe para ser aquilataada. Pero aquella vaga masa musical fué adquiriendo, poco a poco, cuerpo físico de ruido. Ahora semejaba el isócrono rumor de un motor a explosión en plena marcha, curioso rumor que al parecer descendía desde la cúspide misma del firmamento. Abrió los ojos, mas no vió nada. Allá abajo, en la falda inmediata del cerro continuaban Alicia y su madre, año-

rando quizá la ausencia del lejano ser querido que les arrebatara el designio sombrío del poder dictatorial. Podría decirse que llevaban luto por la libertad perdida, al vérselas, tan jóvenes y gráciles, cubiertas de negro ropaje. Pero el rumor del motor seguía y, ahora, en verdad, ajeno a su pensamiento, como si de pronto se hubiese producido una extraña persistencia auditiva de la memoria. Levantó la cabeza. Encima del cerro, a muy corta distancia de los pinos esmeraldas, un avión zigzageaba, veloz. Extraño avión era por cierto. De color rojo escarlata, como los aviones que viera pintados en las series de las revistas infantiles, el pequeño avión parecía escribir un mensaje indescifrable en el temblante azul.

—Ah!, pensó, ahora estoy completamente derrotado... no sé todavía lo que será de mí, la vida es horriblemente complicada, pero hay algo que siempre seguiré amando y por lo que vale la pena seguir viviendo... El salitrero ése tenía razón.

Y, sin darse cuenta de lo que ha-

cía, automáticamente, escribió en la tierra perfumada, una palabra, una sola palabra, que resumía todo lo que más tarde sería para él más caro: **LIBERTAD.**

Junio de 1952.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

E P Í L O G O

Si me atrevo a dar a la estampa la historia del joven protagonista de este relato es porque la juzgo, en atención a las actuales condiciones políticas, de un carácter saludablemente higiénico. Es la breve historia de un alma curiosa que, en la flor de la vida, comienza a conocer los candentes problemas del país en que vive. El medio familiar en que se ha desarrollado, las aulas que frecuenta diariamente, todo ese reducido ámbito social de su niñez, ha sufrido doloroso trastorno cuando, ya adolescente, nuestro héroe ensaya un examen valorativo. El país vive bajo la dictadura militar; la escuela, el hogar, los amigos, han sido desfigurados por la influencia de un gobierno que los hace víctimas de la delación vergonzosa. Mi protagonista es una de esas víctimas, vejada por una reforma educacional impropia y brutalizada, hasta la exageración, por la sospecha.

He dado a entender que publicaba este relato, no tanto por su relativo valor literario, si es que alguno posee, sino porque lo juzgo higiénico, es decir, porque le atribuyo cierto carácter preventivo. Después de veinte años, cuando ya creíamos la democracia una conquista definitiva, la figura del antiguo dictador, sombría y cesárea, se yergue en el hoy por hoy obscuro horizonte político de Chile.

Si en alguna medida mi relato contribuye a mitigar el entusiasmo inconsciente de ciertos ingenuos y a desenmascarar, en forma indirecta, la ambición bastarda de reconocidos epígonos, creo haber servido con bien a la colectividad, sin salirme del canon que me demarca el papel intelectual.

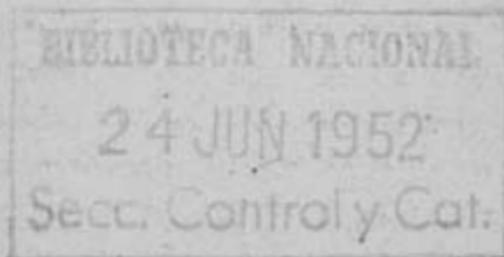
Aunque la historia nunca se repite de manera exacta, no puede negarse, sin embargo, que ella propende siempre a repetirse. Carlos Marx agregaba que, cuando esto ocurre, suele hacerlo grotescamente. Yo sé muy bien, por eso, lo hilarante que resulta la candidatura del antiguo dictador, rodeado ahora de tristes fantasmas del pasado y de versátiles compañeros del momento. ¡Qué lejanos están los tiempos en que su nombre significó, si bien erróneamente, anhelos de cambio y justicia sociales! En la hora presente, hora de reflexión y experiencia, su candidatura representa regresión. Debemos evitar, por todos los medios posibles, que la comicidad que implicaría su regreso al poder se produzca, si no queremos exponernos a las trágicas consecuencias de nuestra apatía, y, si tenemos el valor necesario para defender la libertad, en instantes tan vidriosos para el mundo.

El relato lo he situado históricamente en los días postrimeros de la dictadura. Los síntomas de la descomposición económica y del fermento social que en vano trató el dictador de aplacar, empleando la mentira y la delación sistemáticas, despuntan ya en to-

dos los sectores de la dolorida nación. La cesantía se ha producido en las principales oficinas salitreras y el sistema entero se tambalea agónico. Al escoger esta hora undécima de la tiranía, no olvidé mencionar, por cierto, la aventura del avión rojo, cuyas alas tuvieron la virtud de despertar de su sueño a muchas esperanzas aherrojadas.

Mi protagonista recibió el doloroso impacto de la subversión jerárquica en su puro corazón adolescente. En la página final de la pequeña narración se jura a sí mismo la promesa de luchar por siempre por la libertad. ¿Qué hará más tarde en la vida? ¿Cumplirá su promesa? Eso el autor no podría anticiparlo. Toda vida es una incógnita insoluble. Quizá más tarde le ocurra, como a muchos que conozco, prevaricar su pensamiento, vender su conciencia libre. Pero su gesto de un momento, de desinteresado amor por la libertad, no podría jamás borrarlo. Y ese gesto solemne es el que he pretendido eternizar en estas páginas.

T. C.



A C A B Ó S E
DE IMPRIMIR EL DÍA 23
DE JUNIO DE 1952.
CONSTA LA EDICIÓN DE
1000 EJEMPLARES.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

CARMELO SORIA - IMPRESOR
AV. LARRAÍN, 6284